



*Después del*  
**Invierno**

ALICIA PASCUAL HERNANSANZ

*Alicia Pascual Hernansanz*

# DESPUÉS DEL INVIERNO

*Basada en hechos reales*

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición: mayo de 2023

Diseño de portada: Doce Calles  
© de los textos: Alicia Pascual Hernansanz  
© de la presente edición:  
Ediciones Doce Calles S.L.  
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)  
Tel.: (+34) 91 892 22 34  
docecalles@docecalles.com  
ISBN: 978-849744-457-6  
Depósito legal: M-18521-2023  
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

Preámbulo.....	11
Capítulo 1.....	17
Capítulo 2.....	27
Capítulo 3.....	37
Capítulo 4.....	47
Capítulo 5.....	59
Capítulo 6.....	71
Capítulo 7.....	81
Capítulo 8.....	91
Capítulo 9.....	101
Capítulo 10.....	113
Capítulo 11.....	123
Capítulo 12.....	133
Capítulo 13.....	145
Capítulo 14.....	155
Capítulo 15.....	165
Capítulo 16.....	175
Capítulo 17.....	185
Capítulo 18.....	193
Capítulo 19.....	203
Capítulo 20.....	213
Capítulo 21.....	221
Capítulo 22.....	231
Capítulo 23.....	241
Capítulo 24.....	251
Capítulo 25.....	261
Capítulo 26.....	271
Capítulo 27.....	281
Capítulo 28.....	289
Capítulo 29.....	299
Capítulo 30.....	311
Capítulo 31.....	319
Capítulo 32.....	327
Epílogo.....	337

## CAPÍTULO 1

**E**ra un día de invierno, un día de diciembre de 1932. Una fuerte helada había caído durante la noche, los árboles estaban cubiertos de escarcha y el suelo crujiente y duro. Me levanté muy temprano porque había quedado con mi amiga Amparo Puig, también valenciana y compañera de fatigas, en la puerta del Ministerio de Instrucción Pública para saber la plaza que nos habían adjudicado. Ese mismo día nos darían el nombramiento como maestras y, después de las vacaciones de Navidad, tomaríamos posesión del cargo en nuestra escuela y podíamos empezar a trabajar.

¡No cabía en mí de gozo! ¡Qué felicidad más grande! Por fin había acabado la carrera y conseguido una plaza. El objetivo estaba cumplido, a pesar de las dificultades por las que había atravesado. Y es que tanto mi amiga Amparo como yo habíamos sido alumnas libres y de esa forma tuvimos que examinarnos, asignatura por asignatura, en la Escuela Normal de Valencia y antes en el instituto. Fue largo y a veces tuvimos hasta intención de abandonar, pero nos gustaba tanto la profesión que había que seguir costase lo que costase. Por eso, al final, nos sentimos orgullosos y conscientes de que ahora empezaba lo realmente importante.

—¡Martina María Navarro! ¡Aranjuez! ¡Martina, te ha correspondido Aranjuez! —exclamó Amparo, que en ese momento había dejado de estirar el cuello y tenía el listado justo frente a sus ojos—. ¡Aranjuez! ¡No te quejarás! ¡El pueblo más grande y más bonito de Madrid! Y a mí... ¿a ver, a ver dónde estoy? ¡Debo de estar muy abajo! ¡Ah, sí, me han adjudicado Villalba!

Y el grito fue tan estridente que, además de las compañeras allí presentes, se enteraron de nuestra alegría todos los viandantes que en aquel momento pasaban por el lugar.

Saltamos de gozo. Nos abrazamos y también con el resto de las compañeras. Todas estábamos deseosas de que las vacaciones acabaran de una vez para ir a conocer las poblaciones adjudicadas, seguras de que las alumnas nos esperarían con impaciencia.

—¡Ay, María! ¡Qué alegría! —dijo Amparo cuando ya íbamos camino a casa—. ¡Fin de una etapa y comienzo de un sueño! A ti te han dado el sur y a mí el norte. Bueno, mejor, a ti en una punta y a mí en la otra, pero eso no importa, nos escribiremos y nos contaremos nuestras andanzas. Será precioso, ya lo verás, y cuando queramos juntarnos, siempre tenemos Madrid.

Volvíamos a abrazarnos, deseosas de empezar de una vez a ejercer nuestra profesión, convencidas como estábamos de haber elegido la profesión más bonita del mundo.

El curso empezaba el once de enero de 1933 y decidí marcharme el día anterior — siempre había sido muy previsora— para conocer un poco Aranjuez y ordenar con calma mis pertenencias por muy escasas que fueran. Vivía en Madrid con mi hermana Luisa y su marido Vicente, también maestro que, desde Valencia, había solicitado traslado a Madrid en vista de un mejor futuro para sus hijos, y se lo habían concedido en el Grupo Escolar Joaquín Costa de la capital. Estaba feliz con ellos, pero después de mi nombramiento cambiaría gustosa la casa de la calle Ercilla por la que me concedieran en Aranjuez, un pueblo con el que llevaba soñando un tiempo, imaginándome su palacio, sus jardines y sus fértiles huertas regadas por el Tajo. ¿A qué más podía aspirar?

Había solicitado esa plaza en primer lugar, aunque podía haber sido cualquier otra, y me la concedieron por la buena nota obtenida en el curso de Selección, un curso instituido por el Gobierno republicano para sustituir a las clásicas oposiciones, consideradas inútiles y antipedagógicas. La República era consciente de que, en el plano educativo, había que buscar nuevas metodologías, más activas y participativas y que tuvieran a los niños como el principal centro de atención. Yo compartía esos planteamientos y viajaba a Aranjuez dispuesta a dejarme la piel en ellos.

El tren esperaba en la estación del Mediodía. Cuando subí, el cristal de la ventanilla todavía estaba helado, lo calenté un poquito con las manos, apoyé la cara en él y me dejé llevar por el traqueteo de un viejo vagón de tercera con el que llegaría a familiarizarme en mis numerosos viajes a Madrid. Los pueblos por los que pasaba empezaban a espabilarse y yo trataba de dormir un poco, sin conseguirlo, a pesar de que los nervios me habían impedido descansar la noche anterior. Por el camino, mis pensamientos corrían incluso por delante del tren y mis especulaciones sobre lo que podría hacer en mi nuevo destino volaban tras el humo de la locomotora.

Estaba feliz, tenía unas ganas enormes de empezar y hambre de conocimientos. Pero sobre todo ansiaba, ansiaba enseñar con más pasión que nunca.

Iba tan concentrada en estos y otros pensamientos que cuando me quise dar cuenta ya estaba en Aranjuez. El frescor húmedo de la mañana arrancó fuertes aromas vegetales y me envolvieron fragancias de boj, magnolio, castaño... Por un momento me olvidé de todo y respiré hondo aquellos olores frescos y matinales. Traté de volver a la realidad.

—¿Este autobús va al centro? —pregunté a un señor grueso, de pelo canoso, con uniforme de ferroviario.

—Sí, señorita, al centro va.

Me senté al lado del conductor con intención de que me indicara la llegada. El autobús era viejo, destartado, con algunos asientos rotos que la gente ocupaba lentamente mientras hablaba en voz alta contando las noticias de la mañana. En el interior olía a gasolina y cuando los frenos chirriaban, que lo hacían con frecuencia, el conductor se enfadaba y blasfemaba como un carretero, pero estaba pendiente y enseguida dijo:

—Esta es la parada, señorita. Y ahí está escuela.

Le di las gracias y me apeé pegada a mi maleta.

Ya estaba enfrente de la escuela, ¡me parecía mentira! Me detuve unos instantes antes de entrar y la observé con detenimiento. Se encontraba en el centro, pero no se parecía en nada a la que me había imaginado. Era un edificio vetusto, oscuro, que me

transportaba más a la Inglaterra de Dickens que a las modernas escuelas suizas de las que tanto nos habían hablado los inspectores en el curso que acababa de finalizar. Tanto había oído hablar de aquellas escuelas grandes, alegres, luminosas y adaptadas para llevar a cabo cualquier innovación pedagógica que había llegado a imaginármelas así. Pero me equivoqué. ¡Faltaba mucho para que se hicieran aquí construcciones escolares de ese tipo!

Era un edificio antiguo que, según me enteré más tarde, había albergado las oficinas del Real Patrimonio y las viviendas de los gobernadores y del administrador de este Real Sitio. Presentaba un aspecto noble y señorial, eso era cierto, pero no había sido construido para escuela, sencillamente, había sido readaptado para tal fin. Yo hubiera preferido un edificio a las afueras, pero grande y luminoso, con espacio suficiente para que los niños corrieran y saltaran sin ningún problema. A la derecha de la puerta principal una placa de mármol blanquecino rezaba: Grupo Escolar Graduado Llano y Persi. «¿Quién será este señor?», me pregunté. No hacía mucho que la habían colocado, a juzgar por lo que desentonaba con el color negruzco del edificio.

Y si el aspecto exterior de la escuela la descartaba como un edificio moderno y atractivo, cuando crucé la puerta principal la decepción fue aún mayor. Un vestíbulo grande, triste, viejo y tan frío que podría acatarrarte al instante. Solo la presencia del bedel, un chico joven, quizá más que yo, que acababa de cumplir los veinte, de mediana estatura, delgado, con pelo rizado despeinado, daba al crudo espacio algo de alegría vital. Le habían colocado un uniforme que le venía demasiado pequeño, pero su simpatía y sus ganas de hablar me hicieron sentirme como en casa.

— Soy Martina, Martina María, acaban de destinarme a este centro y querría hablar con el director.

Le enseñé mi nombramiento, se sonrió y me pidió que lo guardara.

— Yo soy Agustín, Agustín García, el bedel, y siento decirte que el director no está, acaba de marcharse. Le han llamado del Ayuntamiento para solucionar unas cuestiones antes de que empiecen

las clases y esas reuniones son eternas, diría yo. No te esperaba hasta mañana. Lo siento de verdad. Pero no te preocupes que puedo ayudarte. Te puedo llevar a una fonda donde puedas dormir esta noche y si me esperas un poco a que cierre, hasta te enseño mi pueblo, que todos lo ven bonito. Yo como lo veo todos los días...

—¿Pero es que aquí no hay casas de maestros?

—Pues no, no las hay. Le he oído decir a don Justo que las hubo, allá en el siglo pasado, yo aún no había nacido, pero creo que tuvieron que derribarlas para construir aulas nuevas. Dice el director que es uno de los problemas que más dolores de cabeza le acarrea, pero eso ya te lo contará él.

¡Madre mía! Mi alegría se disolvió como un azucarillo en un café caliente. ¡Pues sí que empezamos bien! Pero Agustín no tenía la culpa y acepté su proposición.

—No te arrepentirás, ya lo verás. Date una vuelta por la escuela mientras termino un par de encargos que me ha encomendado don Justo y nos vamos. Si quieres dejar aquí la maleta, puedo guardártela bajo llave.

Me daba miedo soltarla y Agustín se dio cuenta. En ese pequeño cofre se encontraban todas mis pertenencias, mis materiales escolares, mis recuerdos, mi vida.

—De acuerdo —respondí.

Y mientras Agustín terminaba su trabajo, recorrí la escuela, como me había indicado. Estaba completamente vacía, casi muerta, sin ruido, sin niños, sin maestros, sin vida. Estaba vieja, muy vieja, con materiales escolares tristes y ennegrecidos. Ese día su único habitante era un operario que salía de un aula y entraba en la de enfrente, un hombre orondo, jovial, con mucha panza y un mono de electricista que ponía en aquello un tono musical, tatareando sonriente el pasodoble *Suspiros de España*. Me dijo que daba los últimos retoques a unas clases que mañana seguramente no parecerían las mismas. Me despedí de él levantando la mano y me devolvió el saludo de la misma manera.

Por fin Agustín y yo estábamos en la calle y el sol me reconfortó. Se agradecía en estos días fríos y cortos de invierno. Por el

pueblo un clamor de sonidos mezclados: ruidos de carros que iban y venían cargados de cosas, cascos de caballos, algunas bocinas de automóviles y gritos de niños sin ninguna gana de volver a la escuela. Avanzamos entre los tenderetes de la plaza del Ayuntamiento, donde los vendedores ambulantes ofrecían sus productos a la gente, hablaban en voz alta y se interpelaban entre sí interrumpiendo el paso de los transeúntes. Agustín tenía muchos conocidos, todo el mundo le saludaba. Le pregunté si era del pueblo y sin titubear respondió:

—Sí, todos somos de Aranjuez. Mis abuelos, mis padres, mis tíos y nosotros mi hermana y yo. Mis padres son agricultores. Vivimos ahí, en La Flamenca —dijo, señalando el lugar con el brazo—. Yo voy y vengo todos los días en bicicleta o andando. La única que vive aquí es mi hermana Veva, ya la conocerás.

—¡Cuánta gente por la calle! ¿Todos los días hay tanta actividad?

—Sí, esto es centro comarcal y la gente viene de los pueblos de alrededor a comprar y vender. Los sábados hay un gran mercado donde los hombres y mujeres traen sus productos de huerta, dependiendo de la temporada, y pollos y conejos vivos, huevos... La industria es pequeña, pero crece cada día y no digamos la actividad política. Aquí están representados todos los partidos. Yo pertenezco a las juventudes socialistas y también soy un republicano convencido. La República nos va a traer educación, igualdad...

—Bueno, eso está muy bien, que sobre todo a las mujeres nos hace mucha falta.

Agustín me hablaba sin parar de su pueblo, de política, de la escuela y, de pronto, desembocamos en una plaza grande, muy grande, la más grande que yo había visto nunca, con una fuente en el centro donde el agua de los surtidores se levantaba y salpicaba llena de luces de colores por su contacto con el sol, que cada vez iba cogiendo más fuerza.

—La plaza de la Mariblanca —dijo orgulloso Agustín—, aunque nosotros la llamamos de la Libertad —subrayó en tono solemne—. Aquí las milicianas leen poesías de Lorca, de María Teresa León



*Después del invierno* es un relato en el que María, la protagonista, rememora con lucidez y pasión, la historia de su vida en el pueblo de Aranjuez, en unos momentos trascendentales de la historia de España: el advenimiento de la República y la llegada de la Guerra Civil.

Entregada por completo a su profesión de maestra y convencida de que la cultura es el principio de la libertad, la llegada de la república se convirtió en un momento de ilusión y de esperanza. Significaba la promesa de grandes cambios, la creación de escuelas, la exaltación del papel de los maestros, la subida del sueldo, la lucha contra la ignorancia y el caciquismo y, sobre todo, el empeño por introducir la modernidad en España a través de la educación. Pero poner en práctica todas estas cuestiones no fue nada sencillo, los graves problemas de raíz y los fuertes desequilibrios sociales por los que atravesaba su pueblo y su país unidos a la hostilidad y la incomprensión de una sociedad reacia a los cambios irán transformando la vida de esta mujer luchadora principal protagonista de los hechos.

La llegada de la guerra civil fue la falta de ortografía más grande que ella pudo encontrarse nunca a lo largo de su vida profesional y el dictado más emborronado de todos los imaginables a pesar de su preocupación por evitar los borrones en su trabajo caligráfico diario. Y por si fuera poco, tuvo la fatal idea de enamorarse de un médico de la localidad, republicano y ateo, lo que la llevó, a pesar de la entrega en su trabajo, a tener que escapar de Aranjuez, a exiliarse sin retorno y refugiarse en la ciudad de México.

Su vida, sus sueños, su lucha, su entrega y sus renunciaciones transcurren por las páginas de esta novela, sobre un fondo de sucesos históricos evocados a la luz nostálgica de la memoria y del desgarramiento del exilio.